



ARTE.



Inauguración del Correo.

Discurso del Sr. Ingeniero Norberto Domínguez, Director General de Correos.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES Y SEÑORAS:

HEMOS llegado por fin á la meta ambicionada. El suntuoso edificio de correos, cuya conclusión esperaba con ansia toda la República, se inaugura hoy con la solemnidad que un acto de tanta trascendencia requiere. Y el ilustre Jefe del Estado, cuya presencia da tanto realce á las festividades á que se sirve asistir, ha venido, en unión de su brillante gabinete, á señalar por medio de un acto oficial el término de una de las más gloriosas obras de la presente administración. El orgullo nacional debe sentirse satisfecho al inaugurarse este edificio, uno de los más bellos del mundo, que pregonará en lo sucesivo: el espíritu de progreso y la riqueza del Gobierno que lo expensó, la gloria envidiable del artista excelso que lo proyectó y la habilidad técnica de sus constructores.

En pocas cosas se revela tan bien el carácter de una época, las tendencias y las aspiraciones de un pueblo y su grado de cultura como en sus construcciones arquitectónicas, que, presentes siempre á la vista del público, atrayendo las miradas del sabio y del profano, del vulgo y del artista, y viviendo la vida perdurable de la piedra y el metal, son huellas indelebles que las generaciones dejan en su paso por la vida. En ellas se retrata la grandeza de los siglos muertos y la gloria de las civilizaciones pasadas. Y cuando las contemplamos cubiertas con esa pátina gloriosa con que el tiempo cubre no

sólo los edificios, sino también las instituciones y los hombres, nuestra fantasía retrocede á través de nuestra civilización milenaria y, guiada por la tradición, la leyenda y la historia, se deleita en reconstruir la vida y las costumbres de nuestros antecesores.

Y admiramos así: ya sea las construcciones de incomparable gracia y buen gusto que erigió la antigua Grecia, himnos en piedra en loor de la eterna belleza, venero inagotable donde han abrevado muchas generaciones, y en donde continuarán inspirándose todos los que practiquen el culto de lo bello; ya sea los formidables monumentos que levantó la Roma imperial y que atestiguan á través de los siglos la fuerza de aquel pueblo; ya sea las grandes obras llevadas á cabo por la piedad religiosa, entre las que descuella la inimitable Catedral de Milán, realización en mármol del más delicioso sueño; ya sean los fastuosos palacios de la monarquía absoluta, en donde una corte refinada y elegante, hacia de la urbanidad un culto, salvaba las más difíciles situaciones con un epigrama ingenioso y encontraba más motivos para preocuparse en la mola del día y en la frase del momento que en la resolución de los más arduos problemas del Estado.

La Arquitectura en todas las épocas ha señalado los momentos culminantes de la civilización humana. Cuando el arte ha llegado á la excelencia, cuando un grado intenso de cultura se ha enseñoreado de determinadas regiones del planeta, cuando han